

## Poesía

## Per versa varia

Francisco García Marquina

Colección Rabindranath Tagore  
Madrid, 1990. 66 páginas

E tanto andar las tierras alcarreñas, y de tanto llevar los latines a títulos —así lo evidencia el nombre de este poemario, «Per versa varia»—, a Francisco García Marquina le ha quedado, en los días de la pluma, un repunte de Juan Ruiz, el ipreste, que además de coger avena por las riberas del Henares, atrapaba linzuelas a su paso por Tablada... Por sí mismo algo al retablo regocijante, el poeta define una visión del mundo, «per modo celiarum», que cumple dando escolta como anfitrión en las movidas jornadas del último Noche de su maestro don Camilo.

«Per versa varia» es el acta que da fe de la poesía del poeta con pinta de humanista de otros tiempos, biólogo en una piscifactoría y único propietario del Molino de Caspueñas, que no tiene un despacho en «contaminar» de virus goliardes en la poesía amorosa española. Hasta los poemas embriagan las voces debidas a Salilios y los fluviales erotismos nerudianos. Poeta cincuenta, que versifica por libre, García Marquina, al que traen al paio la carga del asunto y sus amanerados antecesores, llena sus alforjas de una energía inabundante en un lenguaje envolvente de sensualidad y un gran excipiente expresivo.

Para evitar la «dentera» que produce la repetición en el tema. García Marquina inventa el «ars amandi» con una concepción jugada y lúdica, si bien embutida en una tersa superficie. Diríamos que la melancolía del amor no se deja arrastrar por los poemas alegres o fabricantes —los amos de la infancia y juventud, limpios y todavía con memoria—, sino que subyace en el fondo del poeta capaz de escribir en «Totalmente de sí» una acezante radioscopia de amor. La originalidad de García Marquina se evidencia por el contexto histórico de la vida de sus amores. Es un poeta que en sus dos libros anteriores flechaba el amor. Sólo que la carnalidad se revestía de un velo al sagrado, en cierto modo litúrgico, al asar el contrabando de una sensualidad rramada. En «Per versa varia» la antinocencia-culpabilidad está superada. Estos poemas, con la misma lozanía y efusión de los juglares medievales, las aventuras del poeta, enmarcadas, en un lirismo neto.

Por lo tanto, no obstante, que el sabor carnal y la ebriedad campestre y popular que exhalan estos poemas como un vaho jugoso y no son únicamente unos valores solidarios. El poeta ha extraído del edén el estre y de la naturaleza donde habita la perfección dulzura y un sentimiento contagioso. Los ánales, los trigos y las abeas enseñan mucho más su belleza. Le ena reclamar lo que es suyo, la presencia, pronombres, roces, peces y besos, de cinturas y labios, besos comparados. El libro funciona como recordatorio del idealismo amoroso se convierte en un poema, con la colaboración de una naturaleza presta su savia. Un cierto sarcasmo la / las contiene de caer en la tristeza; la distanciadora refuerza a la vez que de emoción que se desprende de «Pic-

## Novela

## Isla Flaubert

Miquel Àngel Riera

Traducción de Basilio Losada. Destino. Barcelona, 1990. 240 páginas. 1.400 pesetas

EL mallorquín M. A. Riera (Manacor, 1930), ganador de los más codiciados premios literarios en lengua catalana, obtuvo el Josep Pla 1990 con «Isla Flaubert», cuya traducción castellana se debe al buen hacer de Basilio Losada, si bien en este caso



habría que eliminar algunas incorrecciones del tipo «en base a» o «a nivel de» y ciertas consonancias como ésta: «... se accedía a una escalera de madera que era toda una escandalera» (página 56). «Isla Flaubert» es una novela existencial sobre la impotencia del ser humano ante el paso del tiempo y su conclusión en la nada. Su historia es la de un individuo casi cincuentón que, agobiado por el miedo a la muerte, quiere detener el tiempo y convertirse en el hombre cero, con el único proyecto vital de vivir sin proyectos y con la única obligación de no aceptar ninguna.

En la historia el proceso es gradual: a este innominado personaje se le murió su madre a los treinta años; fracasó en su matrimonio, nunca sinceramente asumido, y vio frustrada su paternidad por la muerte del hijo al poco de nacer; después se murió su tía, y más tarde su criada, e incluso la prostituta a la que había convertido en su amante. Este cerco de la muerte a lo largo de varios años, cuando ya se siente amenazado por la falta del escudo protector de sus antepasados, lo va empujando a la búsqueda del aislamiento y la soledad, primero en un período de vida en el puerto y después en el roquedal de una isla deshabitada, donde sólo quedan una torre en ruinas y las huellas de un faro y de su único misterioso farero.

En Isla Leona, así llamada por su perfil de leona tendida, este profesor de Literatura criado entre algodones en el seno de una familia acomodada y fracasado en su carrera de investigación literaria, pugna por superar el hábito de medir la vida, desnacer y llenar de significado su existencia pasada y buscar una nueva dimensión en la presente. Para librarse de las marcas del tiempo se aparta de cuanto pueda ofrecerle la imagen de su figura y afronta el conflicto interior entre lo que él era por su pasado, víctima de una educación cuyas bases ahora siente absurdas, y lo que a partir de entonces quería ser. Su refugio es

segunda con el de «Salambô», manifestando en ello su admiración por el escritor francés, y logra incluso apoderarse de aquel territorio en condición de inquilino. Con lo cual se reúnen en el título dos aspiraciones íntimas del hombre, la Naturaleza y el arte.

Pero estos propósitos de dedicación a la lectura, a la reflexión y a la vida libre en la Naturaleza no tardarán en revelarse imposibles por las necesidades y limitaciones del hombre. Como tantas veces ocurre en la literatura existencialista, la carne y su llamada sexual son los factores que conducen al fracaso de esta dramática búsqueda de soledad, traicionada por frecuentes visitas de este neurótico cuarentón a las prostitutas del puerto y a otras mujeres del campo con quienes habían llegado a un acuerdo tácito. Al final, el anuncio del nacimiento de un hijo —como en algunas novelas de Baroja, «El árbol de la ciencia», por citar el ejemplo más conocido, y de otros precursores del existencialismo literario— y el compromiso que ello supone serán las fuerzas que acaben destruyendo un proyecto de vida ya herido con anterioridad. Porque también a Isla Flaubert había llegado ya la muerte en el cadáver de una mujer arrojado allí por el mar y en el envejecimiento físico del propio cuerpo observado en el espejo de una alcoba donde el protagonista se había reunido con una prostituta. El abismo se impone así como única salida necesaria.

La organización constructiva de la novela es acertada. El relato comienza «in medias res», con la descripción del espacio simbólico en el que vive el protagonista, y, dirigido por un narrador impersonal, a través de constantes retrospectivas, el discurso recupera, de modo fragmentario y en desorden subjetivo, aspectos del pasado. Se alternan así la na-

«Isla Flaubert» es una novela existencial sobre la impotencia del ser humano ante el paso del tiempo y su conclusión en la nada. Su historia es la de un individuo casi cincuentón agobiado por el miedo a la muerte»

rración de lo que sucede en la isla y la recreación del pasado. Y ahí reside la virtualidad del narrador omnisciente, que atiende a todas las fases del protagonista, adopta su visión de los acontecimientos, lleva a cabo una convincente introspección psicológica del mismo, se explaya en consideraciones acerca de la condición humana, el tiempo y la muerte, puede adoptar una actitud de distanciamiento que favorece incluso algunas manifestaciones humorísticas y es capaz de aportar informaciones referidas a otros personajes, como el legendario Benó, las cuales estarían técnicamente vedadas en una modalización autobio-